

Análisis: ¿Al borde de una nueva guerra en Ucrania?

Rusia y Ucrania pueden estar al borde de un conflicto armado que, en el peor de los casos, podría alcanzar dimensiones sin precedentes en la Europa de posguerra. Territorialmente, Rusia y Ucrania son los dos Estados europeos más grandes, y ambos son muy fuertes militarmente hablando.

Por supuesto, las fuerzas armadas convencionales de Rusia superan con creces a las de Ucrania, tanto en términos cuantitativos como cualitativos. Además, Rusia es una superpotencia nuclear, mientras que Ucrania –en virtud del Tratado de No Proliferación– es un Estado sin armas nucleares que tiene prohibido adquirir ojivas atómicas.



Sin embargo, en los últimos siete años, Ucrania ha creado un formidable y aguerrido ejército convencional. Las fuerzas ucranianas están parcialmente equipadas con modernas armas de alta tecnología, tanto de fabricación ucraniana como extranjera. Ucrania también contaría con el apoyo de más armas e inteligencia occidentales en caso de escalada. Por lo tanto, no está claro que Rusia pueda conseguir rápida y fácilmente la victoria contra Ucrania como lo hizo contra Georgia en la guerra ruso-georgiana de cinco días de agosto de 2008.

Además, no está claro cómo reaccionarían tanto la opinión pública occidental como la rusa ante una guerra ruso-ucraniana. Las experiencias pasadas sugieren que no se puede contar con las reacciones negativas extranjeras ni con el pacifismo de los rusos de a pie como factores limitantes. La ocupación rusa de una quinta parte del territorio de Georgia en 2008 y la anexión de Crimea en 2014 fueron muy populares entre los rusos. Estas acciones aumentaron el apoyo al régimen de Vladimir Putin y los sentimientos antioccidentales.

Peor aún, las reacciones occidentales a las expansiones del sur de Rusia fueron moderadas. No se impusieron sanciones de importancia a Moscú en 2008. Curiosamente, las

relaciones entre Rusia y Occidente mejoraron tras la guerra y la ocupación ruso-georgiana. En 2014, Occidente castigó inicialmente a Rusia por su anexión de Crimea y su intervención encubierta en el Donbás con sanciones menores. Pero sus efectos, entonces limitados, animaron al Kremlin a una nueva escalada.

La Unión Europea (UE) impuso sanciones sectoriales moderadamente significativas a Moscú en el verano de 2014. Pero fueron una reacción obvia a la muerte de más de 200 ciudadanos de la UE en el vuelo MH17 de MALAYSIAN AIRLINES el 17 de julio de 2014, cuando una unidad del ejército ruso derribó el avión sobre el este de Ucrania. Las reacciones occidentales moderadas podrían sugerir a Putin que la expansión territorial de Rusia no es un gran problema para Occidente; el Kremlin sólo necesita evitar matar a ciudadanos de la UE en masa.



Entonces, ¿qué puede hacer Ucrania a la luz de las aterradoras lecciones que Moscú puede haber aprendido de sus aventuras de 2008 y 2014? Los factores clave que determinaron el comportamiento ruso en el pasado y que determinarán el comportamiento ruso en el futuro son los costos relativos de las escaladas militares y la evaluación de esos costos por parte del público ruso. Sin embargo, muchos rusos consideraron entonces, y siguen considerando todavía, que las pérdidas materiales y humanas de las aventuras de 2008 y 2014 fueron permisibles.

Los costos de la operación de Moscú en Georgia fueron y han seguido siendo objetivamente bajos. En el caso de Ucrania, el público ruso percibe el costo global relativo como soportable. La rápida apropiación de la península de Crimea por parte de Putin fue un triunfo nacional; por lo tanto, muchos rusos siguen tolerando el actual estancamiento socioeconómico de Rusia, resultado, entre otros factores, del régimen de sanciones occidental establecido en 2014.

Así, en cierto sentido, el comportamiento del Kremlin fue racional tanto en 2008 como en 2014. Las agresiones expansionistas aumentaron el apoyo público al régimen de Putin y disminuyeron el apoyo a Occidente. Al mismo tiempo, los gastos políticos y financieros del régimen de Putin fueron limitados.

Solo se puede especular que Moscú había previsto y esperado estos efectos en 2008 y 2014. Probablemente, los responsables del Kremlin deseaban y esperaban los grandes e inmediatos beneficios políticos internos, por un lado, y las bajas económicas exteriores, por otro. Desde su punto de vista, podría haber sido un pecado de omisión no aprovechar rápidamente las oportunidades que se materializaron en Georgia en 2008 y en Ucrania en 2014.



ALTERNATIVAS

Las conclusiones del historial de comportamiento ucraniano y occidental que deberían aplicarse a la situación actual son tres.

En primer lugar, Ucrania debe tener cuidado de evitar situaciones que el Kremlin pueda interpretar como debilidad y que, además, presenten un *casus belli* semilegendario ante el mundo exterior y la población rusa. Kiev necesita evitar conflictos internos que el Kremlin pueda pensar que puede explotar.

En segundo lugar, Ucrania tiene que señalar sin ambigüedades a Moscú que su pueblo está unido y dispuesto a llevar a cabo el conflicto. El Kremlin debe tener la impresión de que una invasión –al contrario que en el caso de Crimea– provocará una resistencia inmediata y decidida por

parte de los militares ucranianos y que no se producirá una promesa precipitada de un alto el fuego en los términos que sea, al contrario de lo ocurrido en Georgia en 2008.



En tercer lugar, Occidente tiene que comunicar a través de canales públicos y no públicos su disposición a imponer sanciones que sean más que simbólicas. La UE, especialmente, tendría que decidir y señalar públicamente que no esperará a que se produzca una matanza masiva de ciudadanos de la UE para imponer más sanciones sectoriales a Rusia. Lograr una decisión unida por parte de los veintisiete Estados miembros no será fácil, pero los principales funcionarios de la UE deberían hacer todo lo posible para asegurar esa unidad con el apoyo de los Estados miembros interesados. El Reino Unido, de línea dura, ya no es miembro de la UE, mientras que Polonia –el mayor defensor de Ucrania en la UE– se ve obstaculizada por un conflicto casero con Bruselas. La Unión necesitará que otros Estados miembros tomen la iniciativa para sugerir e impulsar las sanciones.

Aunque la situación parece sombría, no se han perdido todas las esperanzas. Una diferencia principal entre la situación actual y las anteriores a los ataques de Moscú a Georgia y Ucrania es que las perspectivas socioeconómicas de Rusia son hoy más sombrías. En principio, el pueblo ruso no quiere una guerra con Ucrania, y puede ser menos proclive a las aventuras extranjeras en tiempos de estancamiento económico. Si Rusia y Occidente mantienen la cabeza fría y demuestran la suficiente determinación, puede evitarse una nueva guerra.

Fuente
Andreas Umland
Nationalinterest.org